



# Fanatismo

El fanatismo, hijo del dogmatismo y nieto de la certeza ideológica, se refiere a radicalización política, intransigencia e intolerancia a las opiniones ajenas.

Esta actitud de superioridad moral impide llegar a acuerdos. «No me deje entre personas llenas de certezas», escribió Antonio Tabucchi. «Esa gente es terrible».

## FUTURO N TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



FANATISMO

FUTURO  N TRÁNSITO

# FAN

Rodrigo Uprimny

# ATI

Jorge Giraldo

# SMO

Melba Escobar

FUTURO  N TRÁNSITO

## Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

### Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*

Alejandro Castillejo Cuellar

Saúl Franco Agudelo

Lucía González Duque

Carlos Martín Beristain

Alejandra Miller Restrepo

Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)

Carlos Ospina Galvis

Leyner Palacios Asprilla

Marta Ruiz Naranjo

María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)

Patricia Tobón Yagari

Alejandro Valencia Villa

### Secretario general

Mauricio Katz García

### Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*

Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*

Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*

Diana Britto, *directora de conocimiento*

Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

### Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

### Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

### Futuro en tránsito

**Dirección general:** Alonso Sánchez Baute

**Coordinación editorial:** John Naranjo

**Dirección de arte:** Raúl Zea

**Editores:** Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

**Equipo de diseño:** Juliana Salazar - Guido Delgado

**Corrección de estilo:** Andrés López - Alberto Domínguez

### Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

# Fanatismo

RODRIGO UPRIMNY

JORGE GIRALDO

MELBA ESCOBAR

# Fanatismo

© 2020 Rodrigo Uprimny

© 2020 Jorge Giraldo

© 2020 Melba Escobar

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

**Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,  
la Convivencia y la No Repetición**

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

**Delegación de la Unión Europea en Colombia**

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión  
Europea (UE) en Colombia

**Red Nacional de Programas Regionales  
de Desarrollo y Paz — Redprodepaz**

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

*Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.*

**ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1**

**ISBN VOLUMEN: FANATISMO 978-958-5586-58-1**

**© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020**

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

## EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

*Presidente de la Comisión de la Verdad*

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

## PRÓLOGO

EL PENSADOR ISRAELÍ YUVAL NOAH HARARI SITÚA como uno de los orígenes del fanatismo el paso del politeísmo al monoteísmo.

Mientras para aquellos era perfectamente aceptable que una persona adorara a distintos dioses, los segundos consiguieron, mediante la imposición de creer en un solo dios, que mucha gente se volviera más intolerante que antes, lo que contribuyó a la expansión de las persecuciones, primero religiosas y luego políticas.

El fanatismo, hijo del dogmatismo y nieto de la certeza ideológica, es la ceguera del pensamiento. La mente se oscurece y las ideas ya no se ven con claridad. O no se ven. No hay confusión. Hay negación y autoengaño. El fanatismo se refiere también a radicalización política, intransigencia, intolerancia a las opiniones ajenas y hasta falta de humor. «No me deje entre personas llenas de certezas», escribió Antonio Tabucchi. «Esa gente es terrible».

El fanático está convencido de una supuesta misión mesiánica, por lo que su mayor interés es salvar a su pueblo, a su clase social. Para los fanáticos hay urgencia de pertenecer a

un determinado grupo y de obligar a que los demás también lo hagan. Esta actitud de superioridad moral impide llegar a acuerdos. En Colombia el fanatismo ha llegado actualmente a niveles que no se veían desde la época de la Violencia liberal-conservadora, y lo peor es que tiende a recrudecerse y no presagia buenos vientos. ¿Cómo evitar que siga ganando terreno?

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de trece que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En este caso, se invitó al abogado Rodrigo Uprimny, quien define al fanático «No sólo por lo que idolatra y está dispuesto a defender, sin importar el costo, sino también por lo que odia y está dispuesto a combatir, igualmente sin importar el costo»; al filósofo Jorge Giraldo Ramírez, que en su ensayo afirma que nadie describe su propia conducta como intolerante, sectaria y violenta, y en vez de eso se define a sí mismo como alguien que tiene firmeza, entereza, carácter y personalidad; y a la escritora Melba Escobar, que nos señala que fantasear o imaginar no es tiempo perdido. Es más bien el momento de darle al pensamiento la libertad de jugar con otras posibilidades y evitar así caer en el fanatismo.

Alonso Sánchez Baute  
**Director del proyecto**



RODRIGO UPRIMNY

# Fanatismo, guerras y paz

ALGUNOS MUNICIPIOS DEL NORTE DE BOYACÁ CONOCIERON expresiones extremas y fanáticas de la violencia bipartidista del siglo pasado. Bandas armadas de un partido salían de un municipio a masacrar a otra población, que era mayoritariamente de otro partido, con actos atroces de sevicia. Hoy esos municipios son un remanso de tranquilidad y lo han sido por décadas. Lograron pasar del fanatismo violento a la convivencia pacífica.

Este ejemplo muestra que los fanatismos han alimentado nuestras guerras y han obstaculizado la construcción de la paz. Pero igualmente muestra que estos fanatismos son superables. Por ello, si queremos una democracia más profunda y un país en paz, tenemos que comprender las raíces de nuestros fanatismos para poder combatirlos más lúcidamente.

## Fanatismo, entusiasmos y pasiones

El fanatismo no debe ser confundido con el entusiasmo ni con la pasión. Tiene de ambos, pero es distinto.

El fanatismo es una pasión intensa y desbordada a favor de cierta visión, o de cierta causa, o de cierta persona, que no solo ciega el juicio y la capacidad crítica, sino que es, además, excluyente: divide y segrega y, en casos extremos pero no inusuales, legitima violencias, asesinatos y masacres. Un fanático se define entonces no solo por aquello que idolatra y está dispuesto a defender, sin importar el costo, sino también por lo que odia y desprecia y está dispuesto a combatir, igualmente sin importar el costo.

El entusiasmo, por su parte, es también una pasión intensa, incluso desbordada, por cierta visión, o por cierta causa, o por cierta persona, pero que no ciega, ni segrega, ni legitima asesinatos o masacres, sino que está abierta al diálogo y al afecto con el otro, que no comparte ese entusiasmo.

Ciertos usos cotidianos y banales de la palabra fanático o «fan» ayudan a clarificar esa distinción entre fanatismo y entusiasmo, que debo a algunas reflexiones de la escritora liberal de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, Anne-Louise Germaine Necker, más conocida como Madame de Staël, una feminista *avant la lettre*.

Pensemos en los fans o hinchas de algún equipo de fútbol, y me abstengo de referirme a equipos colombianos para evitar la pérdida de lectores que no compartan mi pasión.

Pensemos entonces en los hinchas del Bayern de Múnich y del Borussia de Dortmund, una de las grandes rivalidades del fútbol alemán.

Un hincha del Borussia visita frecuentemente a su estadio en Dortmund y, vestido con la camiseta amarilla de ese equipo, lo apoya con un entusiasmo desbordado. Una derrota del Borussia lo entristece y le saca lágrimas, pero grita y salta de alegría cuando su equipo gana, especialmente si es contra el Bayern, el eterno rival. Y puede comentar irónicamente que lo único que iguala la felicidad de que el Borussia gane es ver perder al Bayern, por lo cual una victoria del Borussia sobre el Bayern es la felicidad total.

Este «fan» parece un fanático, pero no lo es si ese entusiasmo por el Borussia, por desbordado que sea, no define su identidad ni lo ciega, al punto de odiar a los hinchas del Bayern, salvo en términos futbolísticos, bastante inocentes, en que rara vez reconocerá que el Bayern le ganó al Borussia porque jugó mejor. Siempre aducirá alguna injusticia, pero luego se reirá de sí mismo, pasará a otro tema y terminará tomando una cerveza con su mejor amigo, que es tal vez hincha del... Bayern.

Ese «fan» se transforma en verdadero fanático cuando se vuelve un integrante de una barra brava y su pasión por el Borussia y su rabia hacia el Bayern y sus seguidores definen su identidad. Su vida empieza a girar sobre la suerte futbolística recíproca del Borussia y del Bayern, y su círculo personal empieza a restringirse a otros hinchas del Borussia, con

quienes teje lazos de amistad y lealtad muy fuertes. Deja de frecuentar a seguidores del Bayern, incluso si eran amigos de infancia, pues empieza a verlos como personas distintas y desprovistas de cualidades: son los otros, que se han vuelto enemigos. Y este «fan» puede incluso participar en actos colectivos de violencia contra seguidores del Bayern.

El entusiasmo se transforma entonces en fanatismo cuando ocurren tres cosas: primero, esa pasión se torna un rasgo identitario. Segundo, esa pasión ciega a la persona al punto de que no acepta que pueda estar errada, incluso si le muestran evidencias de que su posición es equivocada. De allí que Churchill dijera irónicamente que fanático es «alguien que no puede cambiar de opinión y no quiere cambiar de tema».

Esa definición atribuida a Churchill es, sin embargo, insuficiente para caracterizar a un fanático, pues puede aplicarse a personas que son tercas en asuntos que les apasionan, por lo cual pueden retornar constantemente al tema para defender su visión, incluso contra toda evidencia. Pero esos tercios intensos pueden ser aburridos, pero son inofensivos. Hay un tercer rasgo que caracteriza al fanático, que es su espíritu de cruzada, que lo lleva a juntarse con quienes comparten su visión, que adquiere un valor de dogma absoluto, con el fin de combatir a quienes se les oponen.

El tercio apasionado deja de ser inofensivo y se torna en un fanático, que puede ser peligroso cuando se vuelve un cruzado que busca, junto con sus copartidarios y sin importar los medios, realizar un ideal absoluto en este mundo humano,

que es esencialmente relativo y ambiguo. Esa sed de absoluto es la que, como bellamente lo destacó el injustamente olvidado Hernando Téllez, nos autoriza «a ser crueles con quienes nos niegan y combaten. El absoluto político en que estamos comprometidos exige, con nuestra clarividencia, nuestra crueldad».

Esta distinción entre entusiasmo, pasión y fanatismo no sólo es útil metodológicamente, pues ayuda a comprender mejor los rasgos propios del fanatismo, sino que también tiene un valor estratégico: evita que pensemos que lo opuesto al fanatismo es la indiferencia o la indolencia, que es un error conceptual y práctico grave. El combate al fanatismo no pasa por la apatía ni excluye el entusiasmo o la pasión.

## **Las raíces antropológicas del fanatismo**

Si el fanatismo es tan detestable y peligroso, ¿por qué puede ser tan usual? Mi respuesta es al mismo tiempo desconso-ladora y optimista: porque el fanatismo es un peligro recurrente que se alimenta de ciertos rasgos de la naturaleza humana, pero no es una fatalidad porque hay formas de prevenirlo y combatirlo, como lo muestran aquellas sociedades que han escapado de él.

El ser humano, demasiado frágil biológicamente para enfrentar individualmente los riesgos de la naturaleza, es un animal gregario. Su conquista de la tierra se debió a su

capacidad de actuar colectivamente, formando grupos más allá de los lazos de sangre, como las tribus, las naciones o los imperios, para lo cual tuvo que construir relatos o narraciones que cohesionaran a esos grupos mayores. Esas narrativas son las moralidades que legitiman a esos grupos humanos y que son esenciales para su persistencia, pues generan las solidaridades y confianzas sin las cuales la acción colectiva es imposible.

La capacidad de generar narrativas morales que permiten la acción colectiva de grupos de miles, o incluso millones de personas, es la ventaja evolutiva que permitió al ser humano dominar a todas las especies y conquistar la tierra, a pesar de ser un animal que no goza de ninguna particular destreza física. El ser humano no se define entonces por ser un animal racional (*homo sapiens*), o que fabrica herramientas (*homo faber*). Tampoco lo define ser un animal que juega (*homo ludens*), como creía Huizinga. El ser humano, como lo sugiere Yuval Noah Harari, es todo eso, pero es ante todo un animal social que comparte narrativas.

La naturaleza gregaria del ser humano tiene una obvia consecuencia: sentirse parte de un grupo es una necesidad humana tan vital como poder alimentarse o dormir. Los seres humanos están entonces dispuestos a hacer muchas cosas, incluso a negar un hecho evidente, para ser aceptados por un determinado grupo. Esto lo mostró un célebre experimento del psicólogo social Solomon Asch, en el que se le decía a un grupo de personas que un investigador iba a analizar su visión,

por lo cual debían señalar si dos líneas que les mostraban en una tarjeta eran o no iguales. El misterio del asunto consistía en que todos los miembros del grupo, salvo uno, eran ayudantes del investigador y estaban de acuerdo en indicar, en un momento dado, que dos líneas de obvio distinto tamaño eran iguales. Se trataba entonces de analizar qué opinión daría la otra persona, que era realmente la persona investigada. Los resultados son perturbadores: con algunas variaciones nacionales, más o menos 40% de las personas analizadas estaban dispuestas a negar lo que estaban viendo con el fin de adaptarse a la opinión de los otros.

Esta tendencia del ser humano a negar la realidad para poder sentirse parte del grupo y reforzar sus convicciones previas ha sido confirmada por múltiples estudios posteriores al experimento de Asch. Esto no significa que los seres humanos no tengan tendencias egoístas y que siempre estén dispuestos a sacrificar sus visiones y sus intereses personales a favor del grupo. Las rivalidades y las diferencias de intereses existen en el grupo, y por ello los conflictos interpersonales son inevitables en las sociedades. Pero lo que han mostrado estudios como los reseñados por Jonathan Haidt en su libro *La mente de los justos*, es que la moral que cohesiona a un grupo tiende a hacer a los integrantes de ese grupo ciegos frente a las evidencias o los argumentos que contradicen su visión moral compartida.

Este espíritu gregario del ser humano tiene entonces raíces evolutivas profundas y explica muchos comportamientos

altruistas de los seres humanos, que están muchas veces dispuestos a sacrificar sus intereses personales a favor del grupo, lo cual es positivo pues permite la cooperación y la cohesión social más allá de nuestros individualismos y egoísmos. El gran problema es que ese mismo espíritu gregario está en la base de los fanatismos, cuando se juntan las tres condiciones que nos permiten diferenciar el fanatismo del entusiasmo.

Primero, que la pertenencia a un grupo determinado se vuelva la identidad esencial. Normalmente todos tenemos identidades múltiples porque pertenecemos al mismo tiempo a distintos grupos: somos de cierto género, de cierta religión, cercanos a una fuerza política, hinchas de un equipo o seguidores de un cantante, de cierta región, de cierta etnia, de cierta clase social, etc. El fanatismo empieza cuando una identidad avasalla a las otras y la persona adquiere una identidad única, como en el ejemplo de ese hincha del Borussia, que empieza a dedicar toda su vida a ese equipo.

Segundo, que esa identidad no solo se estructure a partir de la pertenencia a un grupo, sino también por la oposición radical a otros grupos, nuevamente como en el ejemplo del fanático del Borussia que empieza a odiar a todos los del Bayern. El grupo se torna una secta.

Tercero, que los integrantes de esa secta busquen objetivos extremos y absolutos, como el triunfo de su grupo a toda costa, sin importar los medios, por lo cual están dispuestos a cometer crueldades indecibles hacia sus enemigos.

En ese momento, el espíritu tribal humano se torna asesino. El fanático, que es capaz del máximo altruismo y capacidad de sacrificio hacia su propio grupo, no muestra la mínima empatía o misericordia hacia quienes ve como enemigos. Un ejemplo extremo son los atentados suicidas: una persona que está dispuesta a morir por su grupo, pero con el propósito de causar el máximo dolor en sus enemigos. Y esta es la ambigüedad trágica de muchos fanáticos que son héroes para el grupo del cual hacen parte, mientras masacran al grupo enemigo que los considera criminales. Por eso muchos cruzados cristianos, que aparecen como héroes en las narrativas europeas, son vistos como asesinos en la historia musulmana. Y viceversa.

El fanatismo es entonces un riesgo permanente, pero es posible evitarlo o reducirlo por medio de distintos dispositivos sociales e institucionales.

Un bello ejemplo es el del emperador mogol Akbar I, quien gobernó la India en la segunda mitad del siglo XVI. Akbar, consciente de la diversidad religiosa de la India y de los riesgos de fanatismos, promovió el entendimiento y la coexistencia entre las distintas creencias, para lo cual realizaba en su corte, en Agra, discusiones periódicas respetuosas entre los líderes de las distintas religiones (musulmanes, hindús, cristianos, judíos). Akbar promovía así el respeto y la aceptación de la diversidad religiosa, con resultados valiosos. Durante su reino, y mientras muchos países europeos, como Francia, sucumbían a los fanatismos y a las guerras religiosas, India lograba la coexistencia pacífica entre religiones muy disímiles.

## Los fanatismos criollos

Colombia ha padecido oleadas de fanatismos con efectos crueles. El ejemplo más dramático fueron las violencias que enfrentaron periódicamente a liberales y conservadores desde mediados del siglo XIX y hasta la consolidación del Frente Nacional, y que llevaron a masacres en que, usando la terminología de María Victoria Uribe, no bastaba matar al integrante del partido rival: había que rematarlo y contramatarlo a través de terribles mutilaciones del cadáver, como el llamado corte de corbata.

Algunos historiadores o sociólogos, como Fernán González, Ingrid Bolívar o Daniel Pécaut, han visto en el hecho de que en Colombia las identidades partidistas se hubieran formado antes de la consolidación de una verdadera identidad nacional, o incluso de un ejército nacional, una de las fuentes de nuestras violencias y de la debilidad democrática de nuestro Estado. Y razón tienen, pues los habitantes de Colombia, hasta el Frente Nacional, se veían más como liberales y conservadores que como colombianos, lo cual dificultaba que pudieran convivir en un mismo Estado, sobre todo si se tiene en cuenta que las identidades partidistas tenían un componente religioso por la estrecha relación del conservatismo con el catolicismo. Esas identidades partidistas eran entonces sectarias y hereditarias, como especies de subculturas nacionales, pues los hijos heredaban las adhesiones políticas de sus padres. Y también sus odios, pues las

guerras civiles y la Violencia, con sus crueldades, acentuaron esa adhesión dogmática a los partidos, acompañada del odio hacia el partido rival. Eran entonces identidades partidistas divisivas que predominaban sobre la idea de pertenecer a una misma comunidad política compartida.

Este fanatismo partidista fue además funcional a la preservación de los privilegios de las élites económicas, como lo han mostrado analistas como Fernando Guillén. Los sectores populares, en vez de aliarse para combatir las desigualdades sociales profundas de la sociedad colombiana, estaban divididos por el sectarismo partidista, mientras que las élites encontraban mecanismos para conciliar sus diferencias a través de asociaciones como los gremios, que evitaban la lucha partidista. Pero esos mecanismos de concertación no siempre funcionaban; las élites quedaron muchas veces atrapadas en esa racionalidad sectaria, como sucedió en los años cuarenta del siglo xx, en que líderes liberales y conservadores se descalificaron mutuamente en forma violenta. Esto alimentó aún más el fanatismo bipartidista, lo cual condujo a las crueldades de la Violencia, pues las virulencias verbales en los clubes bogotanos entre los líderes de los partidos se convertían en muertes y masacres en los campos colombianos. La violencia simbólica entre las élites se traducían en violencia física en el resto de la población.

Algunos podrían pensar que nuestros fanatismos políticos fueron superados por el Frente Nacional. Y es cierto que ese acuerdo mostró que las élites eran capaces de

pactos creativos para reducir los fanatismos y las violencias, lo cual redujo dramáticamente el sectarismo entre los partidos tradicionales y podría explicar la paz en zonas como el norte de Boyacá. Pero el Frente Nacional no fue capaz de consolidar una cultura democrática, tolerante y respetuosa de las diferencias, por lo cual el fanatismo ha resurgido con otras expresiones: el anticomunismo y el mesianismo revolucionario; el uribismo extremo y el antiuribismo recalcitrante, etcétera.

## ¿Superar nuestros fanatismos?

Las violencias colombianas no se explican sólo por nuestros fanatismos. Otros factores, como las desigualdades o la presencia de economías ilícitas como el narcotráfico, han tenido igualmente un peso enorme. Pero la construcción de la paz es muy difícil si no conjuramos nuestros fanatismos, por lo cual termino formulando cuatro ideas en esa dirección.

La primera es una reivindicación de la moderación, pues la persecución del absoluto, sin importar los medios, está en el corazón de todo fanatismo, como bien lo mostró Camus, uno de los pensadores más lúcidos en este campo. En su libro, *El hombre rebelde*, Camus mostró que no importaba la nobleza del fin buscado por una rebelión; la medida en los medios y un cierto realismo de lo que es alcanzable en este mundo ambiguo y limitado eran siempre necesarios

para que la rebelión no se traicionara a sí misma y terminara en masacre y tragedia. «El absoluto no se alcanza ni, sobre todo, se crea a través de la historia. La política no es religión, o entonces es inquisición», decía Camus.

Esta reivindicación de la moderación no significa el abandono del entusiasmo ni caer en el cinismo y la indolencia. La lucha genuina contra los fanatismos debe combatir con entusiasmo dos extremos igualmente asesinos: el extremismo fanático y el cinismo. Nuevamente, como dijo Camus, una cierta dosis de realismo y moderación son necesarias a toda moral, pues «la virtud totalmente pura es asesina»; pero igualmente una dosis de moral es necesaria a todo realismo, pues también «el cinismo es asesino».

La segunda idea es la importancia del humor y la curiosidad. El escritor israelí Amos Oz, quien escribió algunos de los mejores ensayos contemporáneos sobre el fanatismo, solía decir que nunca había conocido un fanático curioso o con sentido del humor. Y tenía razón: el humor corroe los dogmas y los relativiza, pues invita a que nos riamos de nosotros mismos y abandonemos nuestras pretensiones absolutistas, y la curiosidad nos lleva a explorar nuevos mundos e ideas, lo cual pone en riesgo las certezas dogmáticas que son propias del fanático. El humor y la curiosidad deberían ser cultivados como virtudes cívicas, pues son antídotos contra el fanatismo.

La tercera idea es la importancia de crear «diálogos entre improbables», según la expresión del profesor John Paul

Lederach. Los seres humanos tendemos a conversar y debatir con quienes piensan y sienten en forma parecida. Estas conversaciones entre semejantes son agradables, pero suelen ser improductivas, pues refuerzan nuestros prejuicios y el rechazo a quienes son distintos. Por esa dinámica, Lederach concluye que el cambio democrático sustantivo y duradero «no surge de espacios de personas que piensan igual», sino cuando logramos «espacios de personas no muy probables», esto es, de personas «que vienen de formas de entender, percibir, ver el mundo muy distintas». Imaginen, por ejemplo, un diálogo genuino entre un místico y un ateo, un guerrillero y un paramilitar, un comunista y un neoliberal. Según Lederach, cuando personas tan diferentes logran una conversación honesta «podemos decir que ya se da un milagro».

Estos diálogos entre improbables son difíciles, pues pueden llevarnos a dudar de nuestras convicciones más profundas. Pero son enriquecedores personalmente, pues nos permiten descubrir otras visiones. Tienen además un valor social profundo: enseñan el respeto, o al menos la tolerancia, entre personas y grupos con visiones del mundo distintas, que es una condición necesaria para la existencia de una democracia pluralista y el combate a los fanatismos.

La última idea es recuperar la visión del filósofo Estanislao Zuleta sobre la importancia de valorar positivamente los conflictos y las diferencias. La paz en una democracia, según Zuleta, no puede ser entendida como la supresión de los conflictos para que todos nos disolvamos en una cálida

convivencia y en una identidad común, pues los conflictos no solo son constitutivos de la condición humana y persistirán, sino que, además, esa pretensión conduce a visiones totalitarias. La paz es entonces el esfuerzo democrático, difícil y permanente por «construir un espacio social y legal en el cual los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse sin que la oposición al otro conduzca a la supresión del otro, matándolo, reduciéndolo a la impotencia o silenciándolo». La construcción democrática de la paz supone entonces reconocer al adversario como un opositor con el cual se discute y discrepa, a veces con virulencia, pero que no es un enemigo a eliminar. Por eso la democracia rehúsa convertir la política en un enfrentamiento irreductible entre enemigos, pues sabe que esa dialéctica amigo-enemigo (que para el polémico Carl Schmitt es la esencia de la política) nos lleva al totalitarismo, al fanatismo y a la guerra. ‡



JORGE GIRALDO

# El ideal feroz

EL INTELLECTUAL BOYACENSE CARLOS ARTURO TORRES TRAZÓ un boceto del fanatismo, en 1898, en un artículo bajo el título de «La guerra santa». Más precisamente, el fanatismo, con sus nueve letras, es uno de los temas centrales de toda su obra filosófica y política. En 1898, por otra parte, incorporaba las reflexiones sobre la guerra que había terminado tres años antes y anticipaba las preocupaciones sobre las que se estaba gestando, y que terminaría siendo la más calamitosa de todas las nuestras: la Guerra de los Mil Días.

Veamos los rasgos que Torres le atribuye al fanatismo: domina el espíritu de partido o secta. La afiliación de un grupo de personas alrededor de unas ideas básicas, de las cuales se cree ciegamente que son las únicas verdaderas y universales. Esas ideas se sostienen sin buscar algún tipo de argumentación y se extienden entre la población bajo la forma de prejuicios, es decir, como afirmaciones que no deben ser demostradas y que valen solo por la autoridad de quien las pronuncia, sobre

todo por la afiliación de esa autoridad, llámese partido, iglesia, grupo social, medio periodístico.

Se condena al contrario. No hay ninguna posibilidad de acierto en las opiniones o doctrinas de los demás. Por lo tanto, tampoco hay forma alguna de conciliación, transacción o acuerdo entre las partes que se enfrentan a una diferencia de ideas, posiciones y propuestas. Esto lleva a que se considere como enemigo a todo aquel que tiene otra forma de comprender el mundo o la sociedad. Este tipo de conducta se denomina intolerancia.

El fanatismo conduce a la violencia. En este punto, Torres se ubica en la tradición del pensamiento ilustrado que se enfrentó al fanatismo ante las consecuencias desastrosas que produjeron las guerras de religión. El sectarismo y la intolerancia se manifiestan primero en el propósito de eliminar «las doctrinas y las obras» de los rivales y, después, en conexión casi inmediata, con el objetivo de exterminarlos físicamente. Hay una especie de proceso psicológico y social que enlaza convicciones, agravios, odios, deseos de venganza y justificación de la violencia. De allí el título del artículo que comento, «La guerra santa». Este conjunto de rasgos se llama allí «fanatismo vindicativo y exterminador».

Carlos Arturo Torres usaba con frecuencia las expresiones «mentalidad de campamento» o «criterio de campamento» en alusión a los emplazamientos militares de nuestras guerras civiles. Las usó para referirse a un comportamiento que no se limitaba a los frentes de batalla y los precarios ejércitos

que recorrían el país, con su disciplina, su vigilancia, su presteza para atacar y defender, matar y morir. Las usó, además, para ilustrar las maneras habituales dentro de los grupos sociales, especialmente dentro de los partidos políticos. Porque la inflexibilidad, la imposición de órdenes, las jerarquías rígidas, las sanciones y condenas, también eran práctica común dentro de las organizaciones en las que convivían personas que, se supone, compartían sus credos e intereses. Esos hábitos extendían la sospecha y el recelo a los suyos, personas cercanas, familiares y copartidarias.

Si comienzo esta reflexión con un pensador colombiano, es para indicar que la historia del pensamiento nacional muestra que la moderación, el civismo y lo que algunos teóricos llaman «las virtudes republicanas», hacen parte de nuestra tradición. Antonio Nariño afina su rechazo a la dominación española en el ideario de los derechos humanos, Francisco de Paula Santander procura la construcción de nación en el pacto constitucional y legal; Pedro Alcántara Herrán se hace vocero de una política de conciliación; Cerbeleón Pinzón defiende la idea de la paz pública; Carlos E. Restrepo invoca la concertación nacional. La lista es larga. A propósito del conflicto armado reciente, hubo también corrientes significativas que buscaron el entendimiento y criticaron el recurso de la violencia política. Sí, también existe una veta autoritaria, dogmática y violenta en nuestra trayectoria como nación, pero no es la única. Quienes exhiben su conocimiento histórico para enumerar nuestras

distintas guerras civiles como prueba de una característica intolerante y violenta, encuentran una respuesta en las soluciones negociadas, los perdones otorgados, las paces firmadas desde el siglo XIX hasta ayer.

Los colombianos no tenemos una sola raíz que nos ancle al conflicto fratricida y ruinoso. Disponemos de un repertorio histórico de ensayos, propuestas, soluciones —fallidas y exitosas— que nos sirven de ejemplo para tratar nuestras discrepancias culturales, sociales y políticas. Además, está el catálogo múltiple que nos ofrece la experiencia de otros países, el acervo de las ciencias sociales y la insospechada capacidad de la imaginación humana. No tenemos ningún destino fijado de antemano, ningún karma. Esta parece ser una repetición necesaria ante la insistencia de algunos en posturas fatalistas.

Acá se puede abandonar el rodeo histórico para volver al objeto —palabra y concepto— que nos convoca.

Hasta este punto parece que el fanatismo se basa en aspectos negativos; al fin y al cabo, nadie describe su propia conducta como intolerante, sectaria y violenta. En vez de eso dirá que tiene carácter, personalidad y firmeza; si reconoce un exceso, lo justificará como respuesta apropiada a las actuaciones de otros. Pero no. El fanatismo se basa, ante todo, en aspectos que consideramos positivos: la racionalidad, la voluntad, la perfección. El riesgo que introduce la exageración de esos aspectos ha sido destacado en tiempos recientes por dos personajes muy diferentes, a propósito de

preocupaciones distintas: el papa Francisco, enfocado en la santidad; el pensador búlgaro Tzvetan Todorov, estudiando la democracia.

Tendemos a pensar que el fanatismo es irracional; a los fanáticos se les equipara con los locos. No es así. Todo fanatismo está basado en un ideal que tiene fundamentos culturales y se expresa con argumentos comprensibles. No hay una forma de fanatismo que conozcamos que no se refiera a un libro o una serie de libros, a uno o varios ideólogos, cuyo objetivo final no se explica con palabras. Lo que pasa es que se trata de una racionalidad que es reduccionista y absoluta. Reduccionista porque interpreta el mundo desde una sola perspectiva; absoluta, porque asume que esa interpretación ofrece todas las respuestas a todas las preguntas.

El fanatismo exagera la fuerza de la voluntad. La voluntad es uno de los aspectos distintivos de la condición humana y es necesaria para la práctica de la libertad. Sin embargo, el sentido común indica que la voluntad de cada persona o grupo humano tiene fuertes límites y restricciones que provienen de muchas fuentes, de la naturaleza, de la diversidad humana, del azar, de todo aquello que ignoramos y que escapa a nuestro control. Tanto Francisco como Todorov se remontan a un monje del siglo iv llamado Pelagio, quien creía que la voluntad bastaba para que cada persona cumpliera sus metas. La actividad incansable de los fanáticos se explica, en buena medida, por su convicción de que lo único que hace falta para cambiar el mundo es una voluntad fuerte e indeclinable.

Podemos entender, entonces, que el fanatismo sea perfeccionista. Su ideal simple y coherente puede llevarse a la práctica con empeño e insistencia; el mundo disparejo y contradictorio puede ser ordenado y pulido. El fanatismo está ligado a una palabra que todavía goza de mucho prestigio: utopía. Utopía no es otra cosa que la creencia de que un mundo perfecto, cuyo diseño fue realizado por seres humanos o que fue prometido por un dios o un profeta, puede establecerse en la vida concreta. Utopía es creer que es posible traer el cielo a la tierra; algo que, desde Aristóteles y san Agustín, han refutado todos los pensadores que llamamos realistas.

Las cualidades humanas de tener la facultad de razonar, poseer fuerza de voluntad y querer mejorar el entorno, en el fanático se vuelven desmesuradas. La propia razón contra la de los demás, la voluntad contra el entendimiento, el ideal contra la realidad. Cualquier propósito humano es susceptible de ser asumido de una manera fanática; basta considerarlo único y superior, y tratar de imponerlo con furia y con violencia. Es importante insistir en esto: el fanatismo se expresa violentamente. Del ermitaño que está convencido de su verdad y que no quiere escuchar a los demás, que odia a la sociedad, pero se encierra en su pequeña celda no se dice que sea un fanático. El fanatismo es expansivo porque el fanático se quiere imponer, quiere eliminar al distinto o, visto de otro modo, quiere salvar a los demás y sacarlos de su modo de vida equivocado e infeliz. No se crea que la única manera de eliminar a otro es asesinandolo; al otro también se le elimina

convirtiéndolo en alguien como uno. ¡Conviértase!, es uno de los mandatos del fanático.

La mentalidad del fanatismo se opone a tres figuras antiguas, pero siempre presentes: la del diferente, la del escéptico y la del traidor.

El mundo ideal del fanático es monocromático, monocorde y monolítico. La diversidad de colores, de sonidos, de cosas, de humanidades, de mundos, le estorba. En muchas culturas y lenguas el atributo de ser humano se predicaba solo de aquellos que eran idénticos entre sí: hablaban la misma lengua, adoraban los mismos dioses, respetaban las mismas normas, tenían el mismo color de piel. Una forma primitiva de identificar al extraño es por los signos exteriores, por cómo se viste, cómo habla, qué come, qué hábitos tiene. Más refinamiento exige tratar como extraño al que tiene un espíritu diferente, al que piensa distinto, sostiene otras creencias, sigue a otros profetas, canta otras canciones. Viejos y recientes fanatismos se han caracterizado por el rechazo y la eliminación de aquellos que son distintos.

En esta forma de representar el mundo, el otro es inferior, subhumano o inhumano, infiel. La acción fanática adquiere, entonces, el carácter de asesinato, masacre y genocidio. Un término actual es «crimen de odio», que se define como aquel que se lleva a cabo contra una persona por el solo hecho de ser distinta. Indígenas, judíos, negros, mujeres (bruja era una excusa), enfermos mentales, homosexuales han sido víctimas emblemáticas en el mundo occidental.

Matar indios para apoderarse de sus tierras –como ocurría en las famosas guahibíadas en los Llanos Orientales colombianos, en años tan recientes como 1970– era más un crimen basado en la codicia que en el odio.

La mentalidad fanática está poseída por la verdad. La **VERDAD** así, en singular, con mayúsculas, negrilla y subrayada. La verdad única o *La pura verdad*, como se llamaba una revista de distribución gratuita e internacional publicada por una iglesia estadounidense. La verdad literal o en la forma como es divulgada por una persona o entidad que tiene el monopolio de la interpretación. La propia doctrina, el propio libro, la propia cosmovisión son la **VERDAD**. La **VERDAD** es sagrada. Como tantos otros términos y conceptos, fanatismo viene del latín *fanum* que significa lugar sagrado; lo contrario del *fanum* es lo profano. Y fanático se llamó a los fieles de una deidad de Medio Oriente que luego entró al panteón romano. De allí que buena parte de la literatura sobre el fanatismo esté colmada de vocablos que son comunes en el lenguaje religioso, pero eso no significa que toda expresión religiosa sea fanática ni que todo fanatismo sea religioso.

Todo lo demás es error, herejía, falsedad, heterodoxia. Al fanatismo puede incomodarle la indiferencia, pero lo que rechaza con vehemencia son la duda, el cuestionamiento y el escepticismo. Todo aquel que pide pruebas, interroga, descrea, se vuelve enemigo del fanático. La simple intención de sugerir relatos alternativos, preguntas insospechadas, respuestas innovadoras, soluciones creativas, es ya una afrenta.

El error y la incredulidad podrán ser desafíos externos para el ideal defendido desde una postura fanática; pero la traición es un desafío interno y, muchas veces, en los casos históricos de movimientos fanáticos, llegó a ser tan temida que sucumbieron y se autodestruyeron tratando de eliminarla.

Uno de los novelistas contemporáneos que más ha explorado la traición es el escritor israelí Amos Oz. Novelas como *Una pantera en el sótano* y *Judas*, abordan el tema del traidor. Él mismo fue acusado toda la vida de traidor y aceptó ese calificativo como un elogio: «es una muestra de excelencia», dijo en una entrevista antes de morir. ¿Cómo explica esta afirmación que nos parece tan rara? Porque para él, traidor es «quien cambia a ojos de aquellos que no pueden cambiar, que odian cambiar y no pueden concebir el cambio». Quien sea capaz de modificar su punto de vista ante un argumento convincente, quien sea capaz de cambiar su línea de conducta ante la novedad de las circunstancias, quien sea capaz de adaptar sus prácticas ante nuevas situaciones, podrá ser señalado como traidor desde una perspectiva dogmática.

Como hemos visto hasta ahora, la distancia que separa a los fanáticos de quienes no lo son está más cerca de ser una línea que un abismo.

Los seres humanos tenemos creencias; toda cultura se basa en grupos de creencias acerca de lo que es verdadero, bueno y bello. Compartir esas creencias con otras personas es lo que permite formar comunidades, desde pequeños grupos con lazos fuertes, hasta los grandes estados modernos

en los que los ciudadanos están unidos por la ley y la lengua, a veces unos símbolos, un equipo deportivo y poco más. El funcionamiento de esas comunidades requiere algunas certezas compartidas, ciertos grados de confianza en los demás y un determinado sentido de pertenencia. Esas formas de convivencia son llamadas, a veces, naciones, y se ha pensado que su permanencia requiere alguna lealtad de sus miembros. Hasta aquí presenciamos una situación normal. Basta que pensemos que esas creencias son superiores a las de otros grupos humanos, basta que creamos que el nuestro es superior a cualquier otro, y que estemos dispuestos a matar o morir si se cuestiona o se pone en peligro esa superioridad, basta eso para que nos convirtamos en fanáticos.

Si desde el aspecto racional el fanatismo luce absoluto, instrumental y reduccionista, desde su lado emocional y moral suele ser más complejo. Hemos dicho que el fanatismo reúne una idea cualquiera con una furia violenta. Pues bien, la furia no sale de la nada. La ira es una de las emociones humanas básicas y es una respuesta a una ofensa, una agresión a la vulneración de un derecho, y como tal es un sentimiento moral.

La ira colectiva compromete demandas que casi siempre son difíciles de resolver. Pensemos en un interés o un reclamo material o, más difícil aún, pensemos en los alegatos basados en la dignidad, la integridad o el respeto. La ira, el resentimiento, la desesperanza, hacen parte de lo que el intelectual español Javier Moscoso llama «la pasión contrariada». Esa contrariedad alimenta los conflictos políticos,

los movimientos sociales, incluso, las disputas jurídicas. La diferencia estriba en que, mientras durante el proceso de civilización se han creado formas de canalizar y domesticar la ira, el fanatismo desborda esos canales y se desata sin control ni límite alguno.

Dicho de otro modo, el fanatismo pone su reivindicación singular por encima de cualesquiera otras, y al tratar de realizarla minimiza todas las consecuencias de su actuación. Ningún medio, ningún costo, ningún sacrificio debe escatimarse con tal de poder llevar a cabo sus actos y de lograr sus fines. En este sentido, el fanatismo se despoja de cualquier sentido de la responsabilidad. Yendo a un tópico planteado hace un siglo por el sociólogo alemán Max Weber, al fanático solo le interesan sus convicciones y nada le importan las consecuencias que ellas puedan tener.

¿Cómo debieran tratar las sociedades el problema del fanatismo? El trato violento y excluyente hacia los fanáticos deteriora las condiciones morales y políticas de quien lo aplica; además, como norma, ese tipo de trato alimenta la sensación de ultraje y discriminación que los fanáticos mantienen a flor de piel. Todavía está fresco el fracaso de los experimentos militares que las potencias occidentales llevaron a cabo en Medio Oriente y el norte de África bajo las consignas de imponer el orden democrático y no dialogar ni hacer acuerdos con dictadores o terroristas.

Lo primero que debiera entenderse es que el fanático puede tener motivos o expresar quejas que pueden ser, en

parte, razonables. En otras palabras, el fanatismo constituye, muchas veces, una crítica a la sociedad; una crítica que debe escucharse, así sea abominable la forma en que se exprese. Por supuesto, este ejercicio es difícil. Los europeos gastaron un siglo haciendo guerras religiosas hasta que identificaron el problema subyacente y lo resolvieron mediante la libertad de cultos. Los colombianos lidiamos, también, con luchas que tenían que ver con los derechos de la Iglesia a pesar de que todos los bandos eran católicos y solo vinimos a encontrar una fórmula aceptable para casi todos en 1991.

En el contexto de las guerras religiosas europeas surgió la primera respuesta moderna al fanatismo: la tolerancia. Sus primeras formulaciones, como principio, se deben al pensador inglés John Locke. En sus comienzos, la tolerancia se entendió como la evitación de todo acto persecutorio contra quienes tenían convicciones doctrinarias distintas a las de la mayoría o a las del Gobierno. Luego evolucionó hacia formas más robustas de libertad de cultos y reconocimiento de derechos individuales. La tolerancia como pauta de conducta ante las ideas, el proselitismo, la asociación sigue siendo fundamental en las sociedades abiertas. Ahora bien, hay que dejar anotado que la tolerancia es una exigencia primordial que deben cumplir quienes están en una posición dominante.

Un paso más fuerte proviene del concepto de pluralismo. El pluralismo implica el reconocimiento en condiciones de igualdad de la existencia de diferentes grupos sociales, con diferentes aspiraciones, intereses e ideologías que conviven

dentro de una comunidad mayor, que es el estado o una federación de estados. Se trata no solo de admitir que dentro de esa sociedad se presenta esa diversidad sino, principalmente, de asegurarse de que la ley y las instituciones públicas y privadas les dispensen un trato equitativo a esos distintos grupos. El pluralismo es un concepto reciente —un siglo y algo, como mucho— y una práctica incipiente. Pensemos en las dificultades para admitir las diferencias religiosas en los colegios colombianos, aun después de 1991, o los problemas de discriminación racial, sexual, o hacia algunas comunidades de gusto como los punkeros o raperos, entre otros ejemplos. No hablemos ya de nuestra facilidad para usar el epíteto en asuntos políticos.

Una versión más radical del pluralismo dice que, incluso, cada uno de nosotros como personas singulares somos portadores de diferentes identidades y que ese mero dato debiera ayudar a diluir los conflictos identitarios. Una persona puede profesar una creencia religiosa o política que la vincula con un número determinado de otras personas pero, también, tiene otras características como el gusto estético, sus aficiones deportivas, su género o color de piel, su lengua, que generan lazos con personas distintas a las del primer grupo. Esa riqueza y ambigüedad de la personalidad ayudarían a establecer lazos comunitarios sin exclusividades ni exclusiones.

El pluralismo es muy importante porque alimenta dos formas de contención del fanatismo: la normalización del conflicto y el talante transaccional.

La concepción de que la unidad del estado y su respectiva sociedad se tenían que basar en el dominio de un grupo sobre los demás o en el consenso de todos ha prevalecido en el mundo occidental desde tiempos antiguos. Las teorías del pacto social introdujeron en Occidente la idea de que el ideal social consistía en la unidad, la concordia y el consenso. La diferencia, la discordia y el conflicto fueron rehuidos y temidos. Como el pluralismo, una valoración positiva de los conflictos ideológicos, sociales y políticos es muy reciente. En Colombia se la debemos, probablemente, a Estanislao Zuleta. El conflicto —desde el debate hasta la protesta callejera, pasando por las elecciones— puede ser fructífero para la sociedad. Los conflictos nos muestran ángulos no percibidos de un asunto, ponen de relieve problemas ocultos, sacan a la luz soluciones no tradicionales, señalan fallas en el funcionamiento de las sociedades. Aprender a lidiarlos, a sacarles beneficios, es parte de las tareas de una sociedad libre y democrática. Zuleta dijo que un pueblo «maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz».

Los agentes del conflicto llegan a la madurez cuando aprenden a transigir. Uno de los adjetivos que suele adosarse a los fanáticos es el de intransigente. Transigir es negociar. Carlos Arturo Torres le llamaba el «criterio de transacción». Mientras más parcial y temporal sea la transacción, más se alejará del espíritu del fanatismo que siempre persigue soluciones totales y eternas. Transigir no significa ceder unilateralmente, es hacer acuerdos. La estabilidad de las

sociedades abiertas es el resultado de transacciones y está sometida a vigilia, nunca se debe dar por sentada. Todo esto implica que la sociedad mantiene sobre la mesa y en constante movimiento las cartas del acuerdo y del desacuerdo. Algunos pensadores creen que el acuerdo mínimo es el que versa sobre los procedimientos para la resolución de conflictos; otros piensan que debe ser más sustantivo como, por ejemplo, el que se da alrededor de la constitución política o de los principios de libertad e igualdad.

Al fanatismo como crítica, las sociedades abiertas deben oponerle la formación y el ejercicio de una conciencia cívica crítica. En los ámbitos educativo, comunicacional y sociológico, se habla de la creación de personalidades y comunidades críticas. La crítica parte de la idea de que los seres humanos y sus obras son imperfectos por naturaleza. De allí que sea frecuente que justifiquemos los errores diciendo que somos humanos. Reconocer que somos seres que nos equivocamos, y mucho, es el primer paso para alimentar el espíritu crítico.

A las expresiones violentas del fanatismo pueden oponérsele instrumentos civilizatorios como el derecho humanitario o los derechos humanos y, en el extremo y siempre para individuos imputables, el derecho penal. ‡

## Referencias

- ✦ Berlin, Isaiah (2017). *Sobre la libertad*. Madrid, Alianza Editorial. Trad. Ángel Rivero, Belén Urrutia y Natalia Rodríguez.
- ✦ Bernstein, Richard (2010). en M. Giusti (ed.). *Tolerancia: el estado de la cuestión*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- ✦ Francisco (2018). *Exhortación Apostólica Gaudete Et Exsultate*. Madrid, Ediciones Palabra.
- ✦ Giraldo Ramírez, Jorge (2015). *Las ideas en la guerra: justificación y crítica en la Colombia contemporánea*. Bogotá, Debate.
- ✦ Hoyos Vásquez, Guillermo (2013). *El ethos de la universidad*. Medellín, Editorial EAFIT.
- ✦ Locke, John (1999). *Escritos sobre la tolerancia*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Edición de Luis Prieto Sanchís y Jerónimo Betegón Carrillo.

- ✦ Moscoso, Javier (2017). *Promesas incumplidas: una historia política de las emociones*. Barcelona, Taurus.
- ✦ Mumford, Lewis (2013). *Historia de las utopías*. Logroño, Pepitas de Calabaza. Trad. Diego Luis Sanromán.
- ✦ Oz, Amos (2005). *Contra el fanatismo*. Barcelona, Siruela. Trad. Daniel Sarasola.
- ✦ Todorov, Tzvetan (2014). Barcelona, Galaxia Gutenberg. Trad. Noemí Sobregués.
- ✦ Torres, Carlos Arturo (2001). *Obras, Tomo I*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. Edición de Rubén Sierra Mejía.
- ✦ Toscano, Alberto (2017). *Fanaticism: On the Uses of an Idea*. Verso.
- ✦ Zuleta, Estanislao (2015). *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Bogotá, Ariel. Edición de Alberto Valencia Gutiérrez.



# La imaginación, sortilegio contra el fanatismo

## Un nombre con final abierto<sup>1</sup>

SOY LA ÚLTIMA DE CUATRO HERMANAS. MIENTRAS ESPERABAN que naciera, mis papás habían dado por sentado que sería un varón. Después de tres mujeres, les parecía lo más lógico. Tener un varón en la familia era un sueño al que se aferraban aun poniendo en riesgo la salud de mi

1 El primer fragmento de este ensayo fue leído por mí en una conferencia de la cátedra Bolaño, en la Universidad Diego Portales de Santiago de Chile.

mamá. Ella tenía cuarenta años, en una época en la que lo común era que las mujeres ya fueran abuelas a su edad. Por complicaciones de salud, a mí mamá le recomendaron un «aborto terapéutico». No hizo caso. Siguió adelante con el embarazo. El niño iba a llamarse Juan. Siempre me he preguntado cómo es que, de Juan, pasaron a Melba Beatriz. También me he preguntado, sin haber llegado a decírselo a mi mamá, qué habría pasado si entonces se hubiese podido conocer el género antes del parto. El día que nací, mis hermanas prefirieron ir a la feria de la ciencia que ir a conocer a su nueva hermana. Papá estaba en un viaje de trabajo. Mi tía Melba, su hermana, había venido a acompañar a mi mamá en el hospital, así que me llamaron como ella. Quizá para empatar, también me llamaron Beatriz, como la hermana de mi mamá. Melba Beatriz. Mi nombre es un homenaje a dos tías y una cacofonía. «Una venganza por haber nacido hembra», dice una de mis hermanas, medio en broma, medio en serio.

El caso es que el Melba se lo debo a mi tía de Cali. Una mujer solterona, rezandera y cínica, liberal hasta la médula a pesar de tener un cilicio colgando en la pared de su cuarto, al que siempre vi más como una provocación retórica de una bruja sagaz, que como el instrumento de flagelación de la carne de una mística cristiana. Melba Lucía, mi tía, no pudo ser monja porque, siendo la menor de las hijas y la única soltera, se vio obligada a quedarse en casa cuidando a sus padres. Cuando murieron mis abuelos, mi tía ya había

pasado los cuarenta años, y su universo, en contraste con los matrimonios, viajes, hijos y empleos de sus hermanos y hermanas, se circunscribía a las cuatro paredes de una casa vieja al nororiente de Cali.

Su casa era un mundo donde ella jugaba a llamarme «la Melba buena», mientras que ella era, «la Melba mala». Como «la Melba mala» tenía por regla no salir de la casa. Apenas ahora, tantísimos años después de mi convivencia con mi tía Melba Lucía, vengo a descubrir que lo que llevaba a cabo Melbita era, al fin y al cabo, un acto de resistencia. Contrario a lo que se esperaba de mujeres como ella, no se hizo monja, tampoco se casó, ni emprendió un proyecto, ni tuvo un trabajo. Se quedó en casa viviendo en su mundo propio, tal como quiso. Creo también que fue una artista. Entre otras actividades semejantes, se dedicó a intervenir fotografías de antepasados, tíos y bisabuelos, con marcadores con los que les escribía mensajes y retocaba las imágenes. Esta, entre muchas otras labores subversivas y creativas, llenaban sus días de rezos e historias.

Una Navidad, cuando tenía ocho o nueve años, quise pasarla a su lado. Para entretenernos las dos solas, sin más qué hacer, sacamos el árbol de Navidad al patio y le prendimos fuego. Por supuesto, la idea fue de la Melba mala. Estábamos solas porque toda la familia se fue a una finca en el kilómetro 18, mientras nosotras nos negamos a tomar parte de ese ritual festivo. La fiesta fue la quema del árbol entre risas histéricas de la Melba mala y la Melba buena.

Un aquelarre inolvidable, y una de las mejores navidades que recuerdo.

Por su lado, Beatriz, mi tía materna, es una trabajadora social que usa el apellido Wijkström desde hace cincuenta años, herencia del sueco de dos metros con quien comparte la vida en una casa de madera cerca de Jönköping. Española, como mi mamá, criada entre París, Madrid y Barcelona, la tía Beatriz se fue a recorrer mundo desde muy joven, viviendo en España, Colombia, Estados Unidos, Italia y Suecia.

La antítesis de Melba Lucía, se podría decir. Una mujer protestante, socialista, madre de tres hijos, trabajadora hasta sus setenta años cumplidos, en contraposición a la monja frustrada, conservadora, solterona, mística y dueña de su propio mundo raro. Melba Beatriz es cacofónico, sin duda, pero es también la primera piedra. Soy Melba Beatriz Escobar de Nogales, la sobrina de Melba y de Beatriz. La hija de una madre española, culta, liberal y combativa, y de un valluno nacido en La Cumbre, también liberal, aunque de estirpe conservadora, católica, supersticiosa y provinciana.

Así surgió esta fusión entre el silicio de la casa paterna y la educación de mi mamá en latín, francés y griego. La pareja se conoció en París cuando eran estudiantes en los años sesenta. Tuvieron a su primera hija, Laura, en la ciudad luz, y catorce años más tarde a la cuarta, Melba Beatriz, quien les habla.

## La vida como un relato de ficción

En la casa de mi tía Melba, la solterona, mis tías pasaban las tardes comiendo pandebono, un panecillo de harina de maíz, almidón de yuca y queso, y tomando tinto, ese café aguado e insípido que se bebe en la mayoría de las casas del país que se precia de producir el mejor del mundo. Aquí no solo se tomaba un tinto aguado y dulce, sino que todas las tías querían hablar, pero a ninguna le interesaba escuchar. Yo que soy habladora hasta el cansancio, callaba más por obligación que por gusto. Treinta y cinco años más tarde aún recuerdo las historias de Mercedes. Contaban las tías que un día había llegado su tía Mercedes de visita y se había quedado años. Decían que iba vestida no con un «sobretudo» sino con un «sobrenada», pues debajo iba desnuda. Pintaba los zapatos con pintura del color del vestido del día, para que le hiciera juego. A sus hijos, siendo unos críos, los dejaba en casa untados de miel luego de soltarles un cúmulo de plumas. Ya con eso se iba tranquila sabiendo que, toda la tarde, los niños estarían ocupados desplumándose. Mis tías, especialmente las más cercanas, Melba y Gladys, murieron. No sabría explicarles el vacío que dejaron. Con el tiempo he llegado a entender que más que dos seres queridos, fueron las fundadoras de una cofradía. Cuando se habla de la voz de las mujeres, no puedo evitar volver al recuerdo de esas tardes donde la tía Melba, el corazón de un matriarcado tan robusto como íntimo.

## Imaginar y fantasear

En ese entonces, las historias siempre quedaban a medio contar. Es así como uno sabía que Mercedes, después de vivir dos años donde mis tías, había desaparecido de un día para otro porque se había enamorado de un torero. De esa anécdota pasaban a otra donde, mis abuelos, más bien pobres, todos los domingos iban a visitar fincas en venta con cara de compradores para que mi papá y sus hermanas tuvieran una piscina donde bañarse, jugaran en la montaña o vieran vacas. Tres veces por semana me dejaban a tardear donde la tía. Y entre historias, siempre contadas a retazos, esperaba el desenlace de la del día anterior. Así es como esta versión folletinesca de la novela por entregas me dejó en vilo por semanas esperando la continuación de la historia de la tía Mercedes, tía de mis tías.

Mercedes había desaparecido junto con sus vestidos de bailadora de flamenco, sus dos pares de zapatos, sus potes de pintura, sus niños y sus plumas, sin dejar rastro. Diez años después de haberse ido con el tal torero de quien nadie supo nunca nada, anunció su regreso a Cali con bombos y platillos, con fecha y hora de llegada.

Mis abuelos, como mis tías, fueron a buscarla para quedarse viendo la maleta con su nombre girar en la cinta de equipaje sin que Mercedes saliera a buscarla ni ese día ni otro ninguno. Nunca más se supo de ella. Esa historia

termina ahí. Fin. Como uno de esos cuentos de *La dimensión desconocida*, o una de esas películas de misterio para adolescentes. En la maleta, por increíble que parezca, venían los mismos tres vestidos de bailadora de flamenco, sus dos pares de zapatos, las pinturas y las plumas. De los niños ni rastro y hasta el sol de hoy, sin respuesta para el enigma.

Fui una niña silenciosa entre grandes juglares. Mujeres que encontraron en las historias de otras una forma de dejar volar la imaginación hacia destinos geográficos y existenciales impensables dentro de su contexto. La fantasía entre las Escobar Navia fue para mí un bautismo, el rito iniciático de ingreso a una tribu donde los conflictos nunca llegan a resolverse, donde la vida siempre se escribe entre los puntos suspensivos y las narraciones tienen finales abiertos.

Las Escobar Navia entendían que el humor es un antídoto contra el pensamiento dogmático, tanto como lo es el ejercicio de ponerse en el lugar del otro. Era desde el humor, nunca desde el juicio o la censura, desde donde estas mujeres extraordinarias tendían puentes hacia otros seres humanos, otros mundos posibles.

Hoy en día creo que esas largas vespertinas conversando desde las mecedoras fueron definitivas en mi formación como persona y como escritora. Me permitieron comprender que todo el mundo tiene una historia y que ninguna es más válida que otra.

## Fanatismo: el peligro de un relato único

Según el diccionario de la Real Academia Española, fanatismo es «apasionamiento y tenacidad desmedida en la defensa de creencias u opiniones, especialmente religiosas o políticas». El fanatismo es, pues, la incapacidad de ver matices. La convicción iracunda y estéril en una verdad única.

Las doctrinas niegan los grises, claman certezas. De esas verdades unívocas han salido monstruosidades atroces como el personaje de Hitler y su relato antisemita. También el estalinismo y su discurso antifascista. Y sin tener que ir tan lejos, el propio uribismo en Colombia encontró un apóstol, tal como los movimientos antes citados; un demonio compartido, un culpable de todos nuestros males, en este caso, la guerrilla.

En tiempos de guerra, se necesitan aliados. Porque pocas cosas unen como el odio a un monstruo común. La contracara de la deidad monoteísta es el diablo que congrega, que aglutina para aferrarse a algo específico, determinado, puntual, algo contra lo cual aferrarse: los judíos, la guerrilla, los fascistas, en fin, un elemento unificador, el símbolo de nuestras rabias, desgracias y frustraciones.

El fanático cree que el fin, cualquier fin, justifica los medios. Para el escritor Amos Oz, el fanatismo es más antiguo que el islam, que el cristianismo y que el judaísmo. Se pensaría que hace parte de la naturaleza humana la actitud de superioridad moral que impide llegar a acuerdos comunes. El punto

es que la esencia del fanatismo reside en el deseo de obligar a los demás a creer lo mismo que uno.

Un brutal acto de fanatismo es, por ejemplo, el derribo de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 en la ciudad de Nueva York. Pero aquello que, para la mayor parte del mundo, fue un genocidio cobarde e injustificable, para los radicales del islamismo fue un acto de amor a Dios, una cruzada en su nombre y en contra de los Estados Unidos, un país cuyos valores creen que debilitan a los del islam.

Comencé este ensayo hablando de mi familia. Algo que no hice de manera aleatoria sino consciente, pues creo que la semilla del fanatismo comienza en casa, ahí donde las certezas más fundamentales se inoculan desde la tierna infancia. Del mismo modo que reclutar niños para formar parte de grupos armados ilegales pasa por sembrar en ellos el dogma y, por ende, el origen del fanatismo. Crecer en un entorno paranoico, persecutorio y temeroso de la libertad, lleva a la inseguridad constante propia de los fanáticos.

Por desgracia, un país como el nuestro es tierra fértil para abundantes cosechas de dogmatismos y pensamientos unívocos nacidos de la violencia y la incapacidad de llegar a acuerdos. Ser colombiano es estar acostumbrado a una incesante película de buenos y malos donde parece imposible encontrarse a medio camino.

El atractivo de los fanatismos es el ideal de alcanzar una transformación espectacular de forma súbita. Para conseguirlo, el individuo se funde en comunión con la masa,

mientras abandona la fe en sí mismo, transfiriéndola a un movimiento. Según el filósofo estadounidense Eric Hoffer, el carácter ritual, ceremonial, casi religioso de los movimientos susceptibles de caer en fanatismos, lleva a que su desaparición solo sea posible al ser sustituidos por otro movimiento similar al que le precede, tal como ocurrió en Japón, en la Canadá francesa y en Sudáfrica, entre tantos otros.

Abandonar el individualismo por una causa colectiva tiene, por un lado, una enorme cuota de renuncia y entrega y, por otro, libera de la responsabilidad a la persona particular, quien ahora, en calidad de miembro de una tribu, puede ejercer el matoneo, la persecución y la violencia en todas sus expresiones, sin por ello tener que asumir la culpa ni el compromiso del daño a título individual.

Es así como, de un relato único de sufrimiento, es frecuente que se desprenda otro relato único, dialéctica que da fundación a las lógicas binarias y su retroalimentación como mecanismo que tiende a perpetuarse. En el caso de Colombia, un país que hasta ahora no ha tenido el primer Gobierno nacional de izquierda en su historia, podemos ver hasta dónde el discurso de la derecha ha satanizado a la guerrilla y ha llevado a que millones de colombianos piensen que la única salida para un país más justo y equitativo es su exterminio, en lugar de una solución negociada. Es así como la rama más extrema de la derecha lleva a la creación de los grupos paramilitares, pues todo acto de fe conlleva una acción colectiva basada en sus principios.

Hoy en día, Colombia cuenta con una derecha radical, así como con una izquierda radical que en la práctica han perpetuado el conflicto armado más prolongado del hemisferio, mientras el narcotráfico provee el dinero y alimenta la violencia. De esta manera, las acciones de uno y otro actor, reforzados por los crímenes y abusos de las Fuerzas Armadas y de los grupos ilegales, han llevado a la polarización del discurso de cada uno de los actores políticos.

Es así como nacer y crecer en este contexto hacen casi imposible escapar de un relato unívoco, casi siempre reforzado por las vivencias particulares de cada familia. Al fin y al cabo, las vivencias de dolor de las víctimas confirman el relato de unos y otros sobre quién es, a fin de cuentas, el verdadero victimario. Como si se necesitara de una suerte de juez omnipresente y omnipotente que viniera a decretar cuál es la verdad definitiva en esta ya demasiado larga película, de buenos y malos, que es a menudo nuestro país. Una película donde cambian los roles y también los nombres de los personajes, pero donde la esencia de la trama sigue siendo la misma.

## Contra el fanatismo

Hoy sé que, en las tardes de la casa de Santa Rita en Cali, aprendí a preguntarme por la vida de los otros. «¿Qué pensaría yo si fuera él?» «¿Qué se sentiría haber sido la tía

Mercedes?» «¿Cuál será la historia del torero con el que se fue?» «¿A dónde habrá ido a parar él?». El secreto de vivir en situaciones con final abierto, de aprender a navegar la realidad sin certezas, más bien desde la ambigüedad de los grises, la complejidad de aceptar que los conflictos no llegan a ser resueltos y nadie tiene la última palabra, son enseñanzas que nos dejan la imaginación y el ejercicio de la creatividad.

Fantasear, imaginar, no es tiempo perdido. Son los momentos para darle al pensamiento la libertad de jugar con las posibilidades. Entender que la realidad que vemos es una sola, pero que bien podría ser otra distinta. Es desde este súper poder de negar los absolutismos y no ver el mundo en blanco y negro, desde donde los seres humanos podemos encontrar una respuesta auténtica, personal, independiente y autónoma al contexto en que nos desenvolvemos. El pensamiento crítico es una herramienta para la vida que se forja leyendo a Tolstoi, a Dostoievski, a Chéjov, a Milton, a Shakespeare y también a García Márquez.

Suponer otros mundos se hace más sencillo luego de haber pasado tardes viendo las creaciones de M.C. Escher, los cuadros de Brueghel, o las películas de Buñuel. Es desde el arte, pero sobre todo desde la literatura o, más bien, desde la palabra, desde donde es posible desarrollar cierto tipo de relativismo. Sin embargo, está claro que muchos, por no decir todos los movimientos masivos, han contado en su origen con la fuerza del pensamiento artístico y cultural como músculo para su gestación. Aun así, fantasear,

imaginar, son costumbres emparentadas con el pensamiento crítico, con la cultura, con la onda expansiva de mundos posibles que se abren como alternativas de libre albedrío y crecimiento personal. En mi caso particular, creo que todos en Colombia deberíamos visitar la exposición *El Testigo*, de Jesús Abad Colorado. Y lo creo porque al ver la multiplicidad de testimonios en primera persona, penas, tragedias, dolores con nombre y cara, ubicados espacialmente en un punto específico de la geografía nacional, entendemos que la lógica de la venganza nos iguala al enemigo.

Como bien lo plantea Eric Hoffer, quien vive su vida a plenitud, sin verse opacado por la frustración, el miedo, las necesidades, las carencias, o la superstición, es una presa menos fácil para el dogmatismo. Es así como en sociedades más abiertas, incluyentes, educadas y tolerantes a la diferencia, la posibilidad de traducir el pensamiento y la acción colectiva en «apasionamiento y tenacidad desmedida en la defensa de las creencias u opiniones especialmente religiosas o políticas», cuenta con menos adeptos.

De esta reflexión queda concluir que, para escapar de la espiral de violencia en la que ha vivido inmerso nuestro país, necesitamos de otro tipo de liderazgos más preocupados por el beneficio de su pueblo que por el beneficio propio. Más atentos a resolver la tragedia que a tener la razón sobre quién es el culpable. Personajes como Abraham Lincoln, Martin Luther King, Rosa Parks, Nelson Mandela, o el mismo Mahatma Gandhi supieron convocar la grandeza

del alma de quienes les siguieron. En los movimientos de masas que no se traducen en fanatismo, sino en transformaciones sociales para el beneficio de los derechos humanos y el bien común, el liderazgo está marcado por personas que han entendido que su misión debe estar acotada en el tiempo sin prolongarse indefinidamente, y que saben detener el furor de su empeño, una vez ha sido total o parcialmente alcanzado. Por otro lado, el líder de los fanáticos suele ser una persona calculadora, que unifica desde los odios, pues sabe que este es un sentimiento con un poder para aglutinar las masas y asegurar la obediencia.

Lo cierto es que el relato binario es una vieja historia en un país como Colombia, así como lo son la fuerza del resentimiento y el odio como mecanismos de cohesión social. En mi caso, creo que somos una nación joven que todavía está aprendiendo de sus tropiezos y que, más temprano que tarde, sabrá identificar un liderazgo altruista y comprometido que nos convoque desde la esperanza, el respeto por las libertades individuales y la justicia. Imaginar esta posibilidad es ya una manera de hacerla viable. ‡







# Autores

## 01. RODRIGO UPRIMNY

Bogotá. Abogado de la Universidad Externado de Colombia, especializado en Sociología Jurídica en la Université de Paris y magíster en Socioeconomía del Desarrollo de la Université de Paris I. Es consultor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en temas de violencia, participación ciudadana y resolución de conflictos.

## 02. JORGE GIRALDO

Jardín, Antioquia. Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Participó en la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV), establecida en el marco del acuerdo general para la terminación del conflicto entre el gobierno de Colombia y las FARC. Es escritor y columnista de *El Colombiano*.

## 03. MELBA ESCOBAR

Cali. Escritora, periodista y columnista de *El Tiempo*. Es autora de *Johnny y el mar*, seleccionada dentro del catálogo White Raven, un reconocimiento de la Biblioteca Juvenil de Múnich. Ha sido becaria internacional del Departamento de Estado para asuntos culturales y beneficiaria de una residencia de escritura en Santa Fe University of Art and Design.